

verdad que consideracion alguna bastará á arrepentirnos por haber descubierto respetuosos nuestra cabeza al visitar los claústros que la revolucion, ultrajando la libertad, ha destruido; por habernos estasiado en esas páginas escritas con la sencillez de la verdad, y por enviar hoy con la efusion del reconocimiento y la gratitud, un tributo de admiracion á los que fueron, en las personas de los que aun son. Jóvenes para sentir, no sentimos sin haber pensado: partidarios de toda idea de adelantamiento, de progreso, de bien, de engrandecimiento, de libertad, en fin, reivindicar debemos en nombre de nuestras doctrinas, no compradas ni vendidas en ese vergonzoso comercio en el cual se improvisan fortunas y reputaciones todos los dias, reivindicar debemos para los institutos religiosos, en nombre de nuestras arraigadas y profundas convicciones, la gloria que les corresponde por la posibilidad de escribir como escribimos y pensar como pensamos.

Jóvenes que mañana habeis de ocupar la cátedra del Espíritu Santo, no echeis en olvido, ni dejéis de mostrar á un siglo envanecido é ingrato los monumentos que confirman cuánto deben las clases mas humildes de la sociedad á los mas incorrectos predicadores del Evangelio. Si los improvisados discursos de San Francisco de Asis no han llegado hasta vosotros, y quereis suponerlos menos elegantes de lo que debieron ser, por nuestra parte no rechazaremos la severidad de vuestra crítica, pero abriremos la historia de ese varon apostólico, cuya primera esplosion de caridad fué cubrir con sus vestidos la desnudez de un mendigo, y poniéndolo en parangon por un solo instante con los que hoy mas ofrecen al pobre, os daremos á elegir entre las promesas de vanos é ilusorios privilegios, que nunca han de redundar en beneficio, ni

mejorar la suerte del mayor número, y los inmensos sacrificios del humilde religioso que, para hablar en pró de la pobreza, distribuye sus bienes, viste un tosco sayal, y *sin báculo*, ni *alforza* se lanza á los azares é incertidumbres de una vida confiada á la Providencia, recorre los pueblos, se pierde en los caminos mas solitarios, y en todas partes entona himnos de alabanza al que «ha vestido de plumas á los pájaros y les ha concedido alas para subir al cielo (1).»

Establecida la *orden seráfica*, San Francisco de Asis, á imitacion de los Apóstoles, reparte el mundo entre sus discípulos, y él se reserva el Egipto, donde espera alcanzar la palma del martirio.

¿Qué político hubiera adivinado, esclama el señor Muñoz y Garnica (2), la trasformacion de Europa y la salvacion de la sociedad, mediante la poderosa intervencion de un ejército de mendigos? Italia, España, Francia, Portugal, la Alemania, Egipto y Marruecos, la Borgoña, la Hungría, el Africa, la Siria y la Palestina (3) recibieron mas de *cinco mil* predicadores, todos llenos del espíritu de San Francisco de Asis: *¡O quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!*»

Las obras de San Francisco de Asis, al immortalizar su nombre, nos escusan de mayores elogios respecto de su predicacion; su palabra resonó en todas partes, y merced á ella,

(1) «Fratres mei habes multum debetis laudare creatorem....»  
Th. Gellan in *vita S. Francisci*.

(2) Panegírico del santo.—Coleccion citada.

(3) *Estado presente que en el Asia menor tiene la religion de San Francisco*; curioso opúsculo escrito por Fr. Miguel Angel de Nápoles é impreso en Madrid el año de 1654.



el curso de los hechos hubiera variado por completo de cauce, si el mónstruo del protestantismo no hubiese alimentado mas tarde los odios, las divisiones y los funestos extravíos del orgullo humano.

San Francisco de Asís, respondiendo á una de las necesidades de la época, hacia representar al vivo los misterios de la religion, dando á la enseñanza por este medio mayor interés. En sus sermones trataba los misterios mezclándolos de símbolos y alegorías, que halagaban al auditorio, triunfando de toda resistencia con el fuego de su palabra y los dardos que despedía su corazon amante. Sus frases eran una adoracion continua, y de sus inspiraciones poéticas sacaron grandes enseñanzas el Dante y Petrarca (1).

Tanto en los himnos, como en los sermones de San Francisco de Asís, la improvisacion era lo mas admirable. Deseando el Cardenal Hugolino, grande amigo suyo, que predicara delante del Papa para inclinar su ánimo y tenerle mas propicio en los asuntos de la órden, el santo compuso y se dedicó á estudiar un sermon que fuera digno de la magestad del auditorio. Subió al púlpito, mas al empezar se le borraron de tal suerte las ideas y la hilacion de los conceptos, que no pudo continuar. Confesó entonces la flaqueza de su memoria, se recogió unos instantes interiormente, y tomando un nuevo giro sus pensamientos, habló de una manera admirable de las grandezas de Dios, del amor divino y de otras cosas, cautivando la atencion del auditorio é interesando al Sumo Pon-

(1) Guido de Arezzo y Guido Guinicelli, poetas cristianos de la edad media, fueron inferiores en opinion de algunos críticos á San Francisco de Asís; y en el año de 1833, Mr. Gerres publicó en una revista francesa un escrito, que tituló: *Saint Francois d'Asis Trouvador*.

tífice vivamente en favor de sus grandiosos propósitos.

San Francisco murió en la Porciúncula, un sábado entre nueve y diez de la noche, á 4 de Octubre de 1226.

De San Francisco nos quedan dos reglas y algunas otras obras, todas ellas inspiradas por la mas ardiente caridad; sermones no conocemos ninguno de este santo.

#### Santo Tomás de Aquino.

Tenia apenas diez y ocho años este ilustre y angélico Doctor cuando tomó el hábito de los *hermanos predicadores*. Su vocacion era tan perfecta, que no pudo ser contrariada: Nápoles y Roma adivinaron al *santo* en el novicio, y las universidades de París y de Colonia al *sábio* en el asídúo escolar de sus aulas.

En el claústro se preparó para los altos destinos que le tenia Dios reservado: de la escuela pasó al magisterio, de la meditacion y el silencio á las cátedras y á los púlpitos para reflejarlas, segun dice uno de sus panegiristas, sobre las naciones desde un lugar encumbrado.

Superior á los antiguos filósofos, discurre y deduce de tal manera, que su discurso y sus deducciones parecen inspiradas por el cielo: sus escritos son un manantial inagotable de ciencia y de verdad: nació mas para escribir que para hablar; pero despues de él, ni hoy ni mas tarde se hablará bien desde la cátedra del Espiritu Santo sin leer y estudiar sus escritos.

Maestro para el orador sagrado, era en tal concepto digno de que de él hiciésemos mencion especial: en la *Suma Teológica* y en la *Suma Filosófica*, Santo Tomás supera toda ponderacion; es preciso conocer los escritos de este *Sol* resplandeciente, no para espresar, sino para sentir la luz que de



ellos brota á raudales, disipándose toda duda, toda vacilacion, todo engaño y todo error.

Nadie como Santo Tomás ha explicado la naturaleza y las perfecciones de Dios y el misterio de la Trinidad, ni ha hablado mejor de la creacion, de los ángeles, del hombre en el estado de la inocencia, del pecado original, del sumo bien, del fin último, de los actos humanos, de los pecados, de las leyes, del Decálogo, de las virtudes, de la Encarnacion, de los Sacramentos y de los novísimos; asuntos todos de cotidiano uso para el orador sagrado; pudiéndose decir por esta causa que la palabra de Santo Tomás ha resonado, resuena hoy y resonará para siempre en los púlpitos.

El conocimiento de las obras de Santo Tomás es hoy mas necesario que nunca al orador cristiano: los ataques mas enérgicos que se hacen á la Iglesia, adoptan la forma filosófica; en nombre de la filosofía, se pretende negar la verdad, y la filosofía sirvió á Santo Tomás para humillar á los sectarios de la heregia, demostrando el dicho de Tertuliano: *Nemo sapiens est nisi fidelis; nemo major nisi christianus.*

No todos los que leen á Santo Tomás le comprenden, y en comprenderle deben cifrar un gran empeño los jóvenes que se consagran al estudio de la difícil ciencia de enseñar y corregir á los hombres: nosotros sin autoridad propia así se lo aconsejamos.

Es admirable considerar de qué modo encarnó Santo Tomás la doctrina teológica en la filosofía peripatética, haciendo de una fórmula antigua y una idea moderna, la filosofía católica. Aristóteles y Platon habian sido aceptados y combatidos en todo tiempo, pero las escuelas no podian libertarse de alguno de los dos. Ellos abrieron á las investigaciones del

espíritu humano dos caminos maestros, y ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos, es fácil retirarse del uno sin acercarse al otro. Platon, por su elevacion idealista, porque ponía el conocimiento de lo divino en un orden sobrenatural, era aceptado como semi-cristiano; y sin el método de Aristóteles, no se podía construir la ciencia. El aristotelismo tenía la ventaja de ser muy conocido; los Padres de la Iglesia lo habian aceptado, y florecía en las escuelas. La Iglesia admitía su método y condenaba los errores del filósofo: del aristotelismo se hacía el fundamento de la ciencia, y la contemplacion platónica, que era del gusto de algunos filósofos cristianos, no podía contrariar, si es que no favoreció el carácter místico de aquellos escritores y predicadores, que florecieron en el tiempo de los teólogos y escolásticos de la edad media.

Sin embargo, tantos escollos y dificultades habian producido su efecto: las sutilezas y el espíritu de disputa iban estraviando los entendimientos; de aquí habian procedido los errores de Roscelin y de Abelardo, y aun se ha querido suponer en estos tiempos, que el espíritu de exámen de los siglos medios echó los cimientos del protestantismo. «Santo Tomás de Aquino ha sido el primer protestante,» dicen los filósofos modernos; sin ponerse de acuerdo con los antiguos, que decían como Bucero: *Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam.* Este santo Doctor vino á poner remedio á los males del escolasticismo. Por una parte supo dominar la anarquía que reinaba en las escuelas, y por otra, pudo armonizar con los dogmas las doctrinas de Aristóteles. No hay mas que ver las discusiones con que empieza su *Suma Teologica*, para conocer que no se determinaba á fundar sino procediendo elementalmente. Ha de tenerse en cuenta que Mr. Cousin, en alabanza



de la *Suma* ha escrito estas palabras:—Es este uno de los mas grandes monumentos del espíritu humano en la edad media: comprende una metafísica elevada, un sistema completo de moral y hasta de política (1).

No bien el Angel de las Escuelas habia cerrado este brillante período de la filosofía hermanada con el Catolicismo, cuando comenzó la reaccion anti-escolástica. ¿Será preciso dar á conocer sistemas y libros como si tratáramos de hacer una historia de la filosofía? nó ciertamente. Pero es bueno notar que la razon humana, que antes porfiaba por elevarse á lo sobrenatural, cuando lo sobrenatural se le daba, torció el camino guiado de su espíritu de independencia y exámen para cometer grandes empresas, alcanzar preciosos triunfos, que hubieran sido doblemente preciosos, á no haber hecho un abuso de sus especulaciones. Entretanto, se rebeló contra las definiciones y los principios; los fugitivos de Constantino-*pla* trajeron las doctrinas de Platon; fueron estudiados en sus primitivas fuentes los escritos de la antigüedad; las Cruzadas, que son el primer acontecimiento europeo, empezaron á dar vida á la organizacion de la sociedad; las nuevas instituciones se robustecieron, se afirmaron; apareció la imprenta, y se descubrió el *Nuevo Mundo*.

La escolástica, pues, que no tenia ni el atractivo de una elocuencia fuerte, ni habia favorecido el desarrollo de las ciencias naturales, perdió terreno: la frivolidad de las disputas no hizo mas que enardecer á los nuevos filósofos, arrastrados por el gusto de las letras, por su afición á las ciencias naturales y exactas, y se perdieron deseosos de agrandar el campo de las investigaciones científicas. Los nombres de Bacon, Descartes,

(1) *Histoire de la philosophie*, t. I.

Gasendo, Hobes, Spinosa, Malebranche, Locke, Leibnitz, Kant, Schelling, Hegel, se presentan con otros mas confusamente á nuestra memoria; ideólogos, psicólogos, materialistas, panteistas, idealistas, racionalistas, que en nombre de la filosofía alcanzaron inestimables conquistas materiales; que en el orden social adelantaron poco, y amontonaron escombros y ruinas cuando con sola la luz de la razon pretendieron esclarecer y aun fundar en la religion y en la moral.—¿Despreciaremos por esto la filosofía? nó ciertamente.... El desprecio de la filosofía es una especie de insulto á la razon. ¿Y sabeis en qué suele parar ese insulto? en apoteosis: la víctima se convierte en ídolo, y el agresor en su gran sacerdote (1). Antes hemos examinado la marcha de la razon humana, que no puede levantarse á lo sobrenatural y que no tiene el lenguaje de la religion: la hemos visto encontrarse con el dogma que se le dá, crecer, elevarse con su contacto, y despues, en la exaltacion de su poder, la veremos apartarse por un camino distinto, tomando en nuestros tiempos una tendencia esclusiva, un carácter racionalista puramente, y sublevándose contra la religion (2).»

San Buenaventura y San Anselmo.

Libres estos dos filósofos cristianos de la edad media del mal gusto literario que dominaba en la época en que florecieron, legaron trabajos importantísimos á las generaciones futuras, de los cuales es deber nuestro aconsejar á los jóvenes se aprovechen para combatir las peligrosas doc-

(1) Balmes.

(2) Señor Muñoz y Garnica.



trinas que se propalan en nuestros dias, con dolor de la Iglesia y daño de las almas.

San Buenaventura tiene espresiones vivas y suavidad en la dición; sus tratados místicos son las obras mas perfectas que ha legado á la cristiandad.

En cuanto á San Anselmo, á pocos se concede mayor importancia respecto a los medios de ejercitar el espíritu, aguzar el pensamiento, agrandar el campo de la metafísica, buscando en él la esplicacion de cuantas verdades se hallan en el dogma cristiano, punto de apoyo y de armonía para hallar la verdad.

«Los títulos de sus obras bastan para significar esa claridad de intencion con que guiaba su pluma. No es San Anselmo un escritor que improvisa: traza su plan bajo un solo pensamiento, y lo desempeña con admirable sabiduría. Se le compara á San Agustin, y se le atribuye el plan de una filosofía religiosa, por su *Monologium, sive exemplum meditandi de ratione fidei*. Antes de comenzar sus estudios en busca de las relaciones entre la ciencia de las cosas divinas y los principios racionales, parecia tener fijos los ojos en Dios y en la creacion, en el misterio y en la razon humana con una percepcion viva, con una meditacion profunda: la inmensidad y el espacio parecia abarcarlos en aquella doble iluminacion de su santidad y sabiduría. Su *Proslogium sive fides quærens intellectum*, era el punto de confluencia para estas dos miradas, que se cruzaban encaminándose á su término, arrancando la una de lo contingente, y la otra de lo suprasensible. En su método espositivo pudo ensayarse Pedro Lombardo para dictar sus *Sentencias*; y se infiere de la manera arbitraria con que ordenó la doctrina teológica, de la amplitud que

dejó á las soluciones (y no habrá teólogo que no conozca esto perfectamente), que era ya una práctica generalizada el aplicar la razon á los principios fundamentales de la teología (1).»

Despues de haber hecho detenida mencion de los principales oradores que durante la segunda mitad de los siglos medios ilustraron la Iglesia universal, vamos á ocuparnos de los predicadores que durante este mismo período se distinguieron en España, ofreciéndonos ocasion de reivindicar para muchos de ellos la grande importancia que deben tener en una historia literaria, por mas que escritores apasionados é injustos hayan procurado amenguar los justos títulos de su gloria.

A principios del siglo X, España era la única nacion dedicada en Occidente al cultivo de los estudios sérios: las ciencias divinas, la filosofía, la literatura, la astronomía, las matemáticas y la medicina se aprendian en las demás naciones por obras escritas en nuestra pátria; no siendo tan exacta la opinion de los que sostienen que la gloria científica de España en la segunda mitad de los siglos medios fué debida al influjo que los árabes ejercieron en nuestro suelo: «Lejos de esto, dice á este propósito el señor Eguren (2), es preciso advertir que el monacato español dió relevante prueba de que sabia hermanar con la mas viva fé una sólida instruccion, conservando pura la primitiva doctrina. Eran nuestros monges de los siglos IX, X y XI, únicos en Europa, incluso en el imperio de Oriente, en el conocimiento de la ciencia canónica, y cuando todas las naciones recibian con aplauso la compilacion viciada de Isidoro Mercator, España reprodu-

(1) Señor Muñoz y Garnica.

(2) Memoria citada.



cia y completaba su coleccion canónica exenta de falsedades. ¿Cómo se corrigió el decreto de Graciano en el siglo XVI? Valiéndose la Santa Sede para ello de los *códices* escritos en nuestros monasterios é iglesias de Asturias y Galicia seis siglos antes. Déjase conocer que la singular sabiduría de nuestros monges en la ciencia eclesiástica no la recibieron de los árabes, los cuales no podian tampoco suministrar datos para dar á los escritos litúrgicos de España aquel sello admirable de pureza que en ellos resplandecia, y que mereció tantos elogios de los representantes del Sumo Pontifice, que los reconocieron, no menos que de los Padres del concilio de Mántua, á los que unos Obispos españoles manifestaron cuatro *códices* litúrgicos de su nacion, ejecutados en los monasterios que se hallaban libres del dominio de los moros. Las biblias latinas que aun existen del tiempo á que nos referimos, han merecido siempre grande aprecio, y de todos los libros de ciencias eclesiásticas que llevamos indicados, se deduce que los monges y clérigos de los siglos VIII y IX recogieron con celo religioso y patriótico las preciosas reliquias de la literatura visigoda, y sus hermanos del X las apreciaron sin duda en todo su valor, puesto que las reprodujeron en sus bellísimos *códices*. El manuscrito canónico que duró mas tiempo de los que subsistian del siglo VIII, fué destruido en la ciudad de Oviedo por los años de 1650 ó poco despues.

Cuestiones son estas que en los dos últimos siglos no han podido ser comprendidas y juzgadas, pues solamente los estudios arqueológicos las ilustran y esclarecen. Pagó tributo el abate Andrés al tiempo en que escribia, y con sobrada ligereza sienta el principio de que (1), reducidos los cristianos á

(1) *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura*, tomo V.

las montañas septentrionales de la Península ibérica, y dominados por las ideas marciales de libertar á su pátria, mal podian cultivar ningun arte de paz en medio de tanto estrépito, quedando á cargo de los eclesiásticos que vivian bajo la dominacion de los moros, el cuidado de consagrarse al estudio de las ciencias. Error crasísimo es este, que desmiente el exámen de los *códices* que fueron escritos en los monasterios existentes en los estados cristianos de Cataluña, Aragon, Rioja, Asturias y Galicia. Aduce el citado autor en apoyo de su parecer un texto de Paulo Alvaro, en el que espresa que habia muchos fieles que aventajaban á los mahometanos en el conocimiento del idioma arábigo y en la poesía; pero el escritor cordobés se refiere en él á los cristianos de la Bética, y no á los catalanes, aragoneses, vascos, asturianos y gallegos, entre los cuales no se hallarian de seguro personas que hablasen el idioma arábigo, y menos aun con tanta perfeccion.... No debe, por otra parte, de modo alguno confundirse la esclarecida escuela cristiana de Córdoba con la escuela, tambien cristiana, exenta del dominio de los sarracenos. Ambas concurren á un mismo fin, al fin patriótico y santo de salvar las tradiciones científicas y religiosas; pero no fueron las mismas las circunstancias en que una y otra escuela llenaron su alta mision. La de Córdoba, rescatando muchos manuscritos, cultivando las ciencias y abrazando gloriosamente la palma del martirio, dió el grito generoso que halló eco en las ásperas montañas de la zona septentrional de España, y produjo el estudioso ardor de nuestros monges en el siglo X.

.....  
Dos civilizaciones en pugna, la cristiana y la mahometa-